PROLOGO

Vida de Gabriel Miró.

Fue Años y leguas *el último libro que Gabriel Miró publicó, en 1928, dos años antes de su muerte. Tal circunstancia, unida a la altísima calidad de esas páginas — que, como decía «Azorín», «no tienen superiores en ninguna literatura europea» — y al hecho de que en ellas el autor (a través de Sigüenza) nos permita adentrarnos en su intimidad, hace de* Años y leguas *algo así como el testamento literario de Miró, su obra maestra, una de las cumbres de la literatura española moderna.*

Nació Gabriel Miró en Alicante el 28 de julio de 1879. Entre los años 1887 y 1892 estudió en el Colegio de Santo Domingo que, en Orihuela, tenía la Compañía de Jesús. Y así como el Colegio de los Escolapios en Yecla, donde estudió «Azorín», se incorporó, literariamente, a alguna de sus obras, como Las confesiones de un pequeño filósofo, *éste de Orihuela, en que transcurriera parte de la vida de Miró, será evocado en no pocas páginas suyas, tan bellas, algunas, como las de las novelas* Nuestro padre San Daniel *y su segunda parte,* El obispo leproso. *Alguna vez se ha puesto en relación el nombre de Miró con el del irlandés James Joyce — sobre todo con su* Retrato del artista adolescente *—, por haberse servido ambos de sus recuerdos escolares de los jesuitas en las citadas obras novelescas, por lo demás muy distintas en técnica e intención.*

En 1893 el padre de Gabriel, Juan Miró Moltó, ingeniero de caminos, pasa a Ciudad Real, y allí vive Miró unos meses en contacto con un nuevo ambiente — tan distinto del de su natal Alicante —, inspirador de alguno de sus primeros escritos, Paisajes tristes. *En 1894 Miró retorna a Alicante, donde su padre ejer-*

ce el cargo de Ingeniero Jefe de Obras Públicas. Concluye el bachillerato y pasa a Valencia, en 1896, para estudiar en su Universidad la carrera de Derecho, la cual, como alumno libre, concluirá en 1900 en la Universidad de Granada.

Comienza a publicar algunos artículos en la revista quincenal «El Ibero», que en Alicante dirigía Francisco Figueras Pacheco. De 1901 es su primera novela, La mujer de Ojeda. *En ese mismo año contrae matrimonio con Clemencia Maignon, hija del cónsul de Francia en Alicante. En 1902 escribe* Hilván de escenas, *y en 1903* Del vivir, *que será publicado en 1904. Aquí aparece por primera vez el personaje llamado Sigüenza, «doble» literario del autor y protagonista de* Años y leguas. *Su primera hija, Olympia, nace en 1903. La segunda, Clemencia, en 1905. En ese año Gabriel Miró oposita, sin éxito, a la judicatura; experiencia que repite con el mismo adverso resultado en 1907. (En unas páginas del* Libro de Sigüenza *— 1917 — Miró hará que su «doble» literario viva tan amargas circunstancias.) Entre esas dos fracasadas oposiciones, Miró consigue, en 1906, un cargo administrativo en la dirección del Hospital Civil San Juan de Dios de Alicante.*

En 1908 gana el premio convocado por «El Cuento Semanal», con su narración Nómada. *Se lo concedió un jurado compuesto por Felipe Trigo, Baroja y Valle-Inclán. En ese mismo año — el de la muerte de su padre — publica* La novela de mi amigo. *En el año siguiente, en una colección semejante a la de «El Cuento Semanal», «Los Contemporáneos», aparece* Amores de Antón Hernando *(primera versión de* Niño y grande*). Asimismo, en 1909, Miró es nombrado cronista provincial de Alicante. De 1910 es su primera novela extensa,* Las cerezas del cementerio, *la cual, estilísticamente, acusa cierta filiación postmodernista. En 1911 pasa a Barcelona e inicia sus colaboraciones en periódicos de la capital como, inicialmente, el «Diario de Barcelona» y, luego, «La Vanguardia» y «La Publicidad». Algunos de esos artículos, aparecidos en 1913 y 1914 bajo el título genérico de* Jornadas y comentarios de Sigüenza, *fueron más adelante recogidos en el* Libro de Sigüenza. *El «doble» literario de Miró sigue, pues, haciendo acto de presencia en sus escritos.*

Miró acaba por trasladarse con su familia a Barcelona, en 1914. Prat de la Riba le consigue un destino en las oficinas de la Casa de Caridad. La editorial barcelonesa Vecchi y Ramos proyecta publicar una gran «Enciclopedia Sagrada Católica» y

encomienda su dirección a Miró. Este abandona su cargo en la Casa de Caridad y se entrega fervorosamente a la nueva tarea. En una de las cartas a su amigo Figueras, le escribe Miró: «Diariamente celebro entrevistas con jesuitas, canónigos, capuchinos, Provisorato; algunas veces con el obispo... Mantengo correspondencia con todas las diócesis; he de cuidarme de todos los colaboradores que vienen a estas oficinas, dibujantes, geodestas, fotograbadores, arqueólogos.» El proyecto se viene abajo en 1915, año en que Miró reanuda sus interrumpidas colaboraciones en «La Vanguardia». Pero si bien la empresa editorial no pudo lograrse, la documentación manejada por Miró en ese tiempo había de ser aprovechada en su bellísima obra Figuras de la pasión del Señor *(1916).*

En 1920 consigue Miró un cargo en Madrid, en la Secretaría General y Técnica del Ministerio del Trabajo, gracias a la protección de don Antonio Maura. En 1922 pasa al Ministerio de Instrucción Pública, «como auxiliar competente, artístico y literario, para la organización de Concursos Nacionales de protección a las Bellas Artes», cargo que desempeña hasta su muerte. En 1925 el diario «ABC» concede a Miró el premio periodístico «Mariano de Cavia» por su artículo Huerto de cruces, *incorporado luego a* Años y leguas. *Dos años después es presentada su candidatura —por «Azorín», Palacio Valdés y Ricardo León— para su ingreso en la Real Academia Española de la Lengua, siendo rechazada y motivando tal suceso el alejamiento de Martínez Ruiz de dicha institución.*

En tanto, a lo largo de esos años, han ido apareciendo las grandes obras mironianas: El abuelo del rey *(1915),* Dentro del cercado *(1916),* Libro de Sigüenza *(1917),* El humo dormido *(1919),* El ángel, el molino, el caracol del faro *(1921),* Nuestro padre San Daniel *(1921),* Niño y grande *(1922),* El obispo leproso *(1926),* Años y leguas *(1928). En este año 1928, según alguno de sus biógrafos, Miró trabajaba simultáneamente en dos libros,* La hija de aquel hombre *y* Sigüenza y el mirador azul. *Ninguno de estos trabajos llegó a ver la luz. El 27 de mayo de 1930, Gabriel Miró fallece en Madrid a consecuencia de una operación de apendicitis. Contaba entonces 51 años, y, a la vista de lo conseguido en su última etapa creadora, resultaba inevitable pensar que, de haber vivido Miró más años, de haber alcanzado una ancianidad comparable a la de «Azorín» o Baroja, podría haber seguido enriqueciendo la literatura española con*

una prosa que, unánimemente, suele reconocerse como la de más alta calidad artística de nuestro siglo.

La obra literaria de Miró.

Todas las obras que han ido siendo citadas al hilo de la vida de Miró están escritas en prosa y, sin embargo, se caracterizan por su muy personal tensión poética. Pues, aunque Miró no llegase a escribir un solo verso, su obra es fundamentalmente la de un poeta, según opiniones tan autorizadas como las de Jorge Guillén y Dámaso Alonso. Fue precisamente ese tono poético el que comunicó acento minoritario a las obras de Miró, el que las mantuvo señeramente apartadas de los gustos del que (con terminología orteguiana) pudiéramos llamar lector-masa.

Miró se nos aparece hoy como uno de los más grandes artistas, de los más exquisitos cultivadores de la prosa castellana. Pocos escritores como este genial levantino han conseguido extraer a nuestra lengua tantas posibilidades musicales, de jugosa sensorialidad, de brillo, luces, colores, tactos, fragancias... La textura poética de la prosa mironiana, su densidad metafórica, su deslumbrante imaginería, suponen uno de los más altos logros a que ha llegado en nuestra literatura la modalidad expresiva que suele conocerse como «prosa poética». Y entiéndase bien que es poética no por acercamiento violento y amanerado a los ritmos y tonos propios del verso; ni tampoco porque en ella un lenguaje evanescente y sin fibra se entregue a la pura acrobacia verbal, a rizar el rizo de su sola sustancia sonora. No; la poesía a la que accede Miró en sus mejores obras es algo que el escritor consigue manteniéndose fiel a los condicionamientos, exigencias, necesidades de lo que es el puro ritmo prosístico, el trabajado desde dentro, sin concesiones ni escapadas a ciertas fórmulas híbridas — por ejemplo, el versículo a la manera bíblica u oriental — con que, a veces, algunos escritores han querido fundir en una sola respiración la del verso y la de la estricta prosa narrativa o descriptiva. Lo que ocurre, en el caso de Miró, es que su atención amorosa y sensorial, esa capacidad suya para vibrar, fundirse en el paisaje, ver, sentir, oler, captarlo todo y encontrar la palabra precisa con que fijar para siempre la belleza que nos rodea; esa atención, digo, se ha proyectado no sólo hacia lo que es entorno, sino también hacia lo que es

entraña, en este caso la del lenguaje, sabia, amorosamente observado, estudiado, sentido y personalizado por Miró. Puro artista del lenguaje, Miró no es escritor que atraiga a sus lectores por las tramas o argumentos novelescos de sus obras, sino más bien por las calidades formales de que se revisten todas ellas.

En cierto modo, considerada la hora histórica en que apareció, la novelística mironiana guarda relación con otras corrientes narrativas europeas en las cuales — como señaló en 1925 Ortega, en sus Ideas sobre la novela *— el acento del interés se había desplazado desde los temas o asuntos hacia otros valores: los formales, los estilísticos, en el caso de Miró.*

«Años y leguas.»

La obra que ahora se ofrece al lector es la que mejor parece resumir y potenciar todas esas características de la prosa mironiana. Y es también la que resulta más significativa con referencia al problema de los géneros literarios tal y como los entendió y manejó el gran escritor alicantino. Pues, evidentemente, aunque Miró escribiera novelas extensas, novelas cortas y cuentos, fue en la modalidad literaria del artículo, de la «estampa», donde encontró el cauce adecuado para su personalísimo modo expresivo. Lo autobiográfico, lo ensayístico, lo descriptivo, lo que se acerca al cuento, al libro de viajes, al poema en prosa: todo eso cabe en el molde de la «estampa» con impecable y ceñido ajuste; de tal forma, que las más bellas páginas mironianas son aquellas en que la armonía y amalgama de tantos matices cristalizan en resultados de la potencia descriptiva y poética de Huerto de cruces, *por ejemplo. Con razón señala Edmund L. King que la «estampa» viene a ser, en la obra literaria de Miró, lo que la «rima» fue en la de Bécquer, o la «glosa» en la de Eugenio d'Ors. Se trata no de un género totalmente nuevo, pero sí muy personalizado por obra y gracia del escritor. Se diría que éste no se encuentra totalmente a gusto en los esquemas literarios que la más próxima tradición narrativa le ofrecía — la novela y el cuento, sobre todo —, y ha de inventarse otros, más adecuados a su sensibilidad, a su capacidad creadora. Y, así como el mejor «Azorín» es quizás el de esos artículos, o «estampas», si se quiere, que se integran en libros tan bellos como* Castilla *y* Los pueblos, *el mejor Miró*

es el de las obras de pergeño en cierto modo aproximable al de esos libros azorinianos. Libros cuya característica diferencial, con relación a otros géneros narrativos — la novela, por ejemplo —, viene dada por el hecho de que, tanto en Años y leguas *como en los citados títulos azorinianos, cabe realizar lecturas parciales y aisladas de sus distintas partes, artículos o «estampas», sin que resulte mermada la eficacia estética del conjunto. Y esto es así porque tales obras no tienen la estructura seguida y compacta de la novela, sino más bien la flexible y yuxtapuesta de una colección de artículos que originariamente fueron, en ocasiones, escritos con independencia los unos de los otros.*

Con todo, Años y leguas *posee muchas más unidad y compacidad que esas otras obras azorinianas integradas también por «estampas». Pues, en el caso de Miró, todas ellas se refieren a una misma limitada zona geográfica — la marina de Alicante, con su eje emocional en el pueblo donde Miró escribió la mayor parte de esas páginas, Polop de la Marina —, y todas ellas tienen un mismo protagonista, Sigüenza; siendo su sensibilidad, su «dolorido sentir» (como, con expresión garcilasiana, dice Miró), sus experiencias de viajero que contempla de nuevo un paisaje visto veinte años antes, lo que confiere poética y trabada unidad al conjunto.*

Téngase en cuenta que esta técnica, la de las «estampas», fue utilizada por Miró, en mayor o menor proporción, en casi todas sus obras. En narraciones de su primera época, como Los pies y los zapatos de Enriqueta, *puede ya advertirse esto, desde el título general del relato a los de los capítulos, concebidos y organizados como otros tantos lienzos de un mismo retablo. Algo semejante se da en* Niño y grande. *Y nada más expresivamente mironiano que la técnica y la titulación de* El ángel, el molino, el caracol del faro. *Se halla dividida esta obra en cinco partes, tituladas todas* estampas. *Se diría que, con tan reiterado empleo de ese término, Miró intenta fijar una, para él, muy nítida y precisa especie literaria: aquella que resultaba más acorde con su gusto por lo quieto, por la inmovilización de lo fluyente —* El humo dormido *resulta, así, un título enormemente significativo —, por el sensorial manejo de un* tempo *lento que permite a Sigüenza hacerse con todo lo que el paisaje derrama ante él. Si se procediera con urgencia, con precipitación, se nos escaparían colores, tactos, fragancias, tenues melodías, delicadas incitaciones sensoriales. Hay que actuar con ávida quietud, con*

alertada paciencia, con amorosa entrega: la de Sigüenza, cuando en Años y leguas *desea ser agua, tierra, planta, para así fundirse pánicamente con la naturaleza, para consumar su amorosa unión con el paisaje.*

Años y leguas *es, pues, un extraordinario libro de «estampas» que, una tras otra, van captando y ofreciendo lo que Sigüenza ve, oye, siente, evoca, piensa ante una serie de pueblos alicantinos, tan bellos, que sus solos nombres dan lugar a uno de los más admirables capítulos de la obra, el titulado* Toponimia.

Sigüenza es, como ya se apuntó, una especie de proyección poética o «doble» literario de Gabriel Miró, en la línea de lo que Antonio Azorín fue para José Martínez Ruiz, o Juan de Mairena para Antonio Machado. En opinión de uno de los amigos y biógrafos de Miró, José Guardiola Ortiz, el nombre elegido por el escritor para su «doble» procede, tal vez, de la impresión que la ciudad castellana de Sigüenza produjo en Miró cuando la visitó, antes de 1904. El propio escritor llegó a decir que «Sigüenza ha sido el íntimo testimonio y aun la medida y la palabra de muchas emociones de mi juventud. Para mí, Sigüenza significa ahínco, recogimiento, evocación y aun resignación en las cosas que a todos no pertenecen... No me he regodeado formando a Sigüenza a mi imagen y semejanza. Vino él a mí según era ya en su principio. Y cuanto él ve y dice, no supe yo que había de verlo y de decirlo hasta que lo vio y lo dijo».

Voz poética del autor, Sigüenza se ha convertido casi en un símbolo, en un modo de sentir y de expresarse, en una verdadera y muy definida actitud estética, la que Vicente Ramos ha llamado adecuadamente «sigüencismo», para así aludir al arte literario de Gabriel Miró. Pues cuando Benjamín Jarnés intentó definir a Sigüenza, diciendo: «Es una inteligencia puesta entre el mundo y el lector», Gabriel Miró corrigió así la definición: «No, una sensibilidad.»

*Veinte años después de su visita a los leprosos del pueblo alicantino de Parcent —*Del vivir*—, Sigüenza recorre de nuevo esos paisajes y busca en ellos (como Marcel Proust en* A la recherche du temps perdu*) ecos, aromas, pálpitos de su pasado, de su juventud. Y de esa búsqueda va naciendo un libro en el cual — como el título indica — tiempo y espacio, «años y leguas», van entretejiéndose y componiendo la urdimbre de esa experiencia sentimental, sensorial, intensamente poética de Si-*

güenza en busca de Sigüenza, de Miró en busca de su juventud, de un tiempo pasado que parece haberse quedado escondido en el paisaje, en los olores, en las sensaciones; a la espera de una palabra mágica, de algún milagroso toque lírico que sea capaz de despertar todo eso y traerlo al presente. Así como Proust puede lanzarse a la busca del tiempo perdido desde las asociaciones, los recuerdos suscitados por el sabor de una magdalena mojada en té, de la misma manera unos olores, unos sonidos devuelven a Sigüenza el tiempo inmóvil, alojan su pasado en la dimensión del presente, hacen casi de éste pasado también, lo congelan, lo aquietan:

«Las frondas reciben y se envían la circulación de los aires de ruidos marineros de espumas, y huelen a pueblo, a reposo de veinte años. Se le acerca su pasado a Sigüenza respirando en la exactitud de su conciencia de ahora. Otra vez.»

«Sentirse claramente a sí mismo, ¿era sentirse a lo lejos, o por su actualidad? Pero, sentirse en su actualidad, ¿no era sentirse a costa de entonces, de entonces que iba cegado por el instante? Y al inferirse y al extraerse de él, saciándose de su imagen desaparecida, ¿no alcanzaba una predisposición a la felicidad que no fue entonces, cuando pudo ser, ni es ahora, porque ya pasó, y sin realidades, y por no tenerlas, encontraba una forma de plenitud?»

«Así el arte, para Sigüenza, es un estado de felicidad que se crea en nosotros sin motivos concretos de nuestra vida; es apoderarse de una parcela del espacio, de una hora, ya permanente por la gracia de una fórmula de belleza; es no perdernos del todo para nosotros; reacción y compensación de las realidades.»

Miró, de sensibilidad próxima a la de Proust en ciertos momentos, descubre en estas líneas el sentido del pasado, de la memoria, del arte; como el escritor francés lo descubre también en El tiempo recobrado, *final de su ciclo novelesco.*

Se ve entonces, con suficiente claridad, lo que Años y leguas *tiene de personalísimo ensayo estético, de casi* poética *mironiana; puesto que, a través de sus increíblemente bellas páginas, el escritor nos va ofreciendo su teoría de la expresión literaria, de cuál es el sentido que cabe asignar a todo ese proceso sentimental por el que pasa Sigüenza. Espacio y tiempo se conjugan en el entramado estético de unas «estampas» reconocibles ya, y para siempre, como clásicas.*

Hay momentos, en la historia de la literatura, en que una

determinada especie literaria asciende a tal nivel de madurez, que se diría imposible o difícil su posterior superación. Es lo que ocurrió con el soneto cuando llegó a las manos de Lope y de Quevedo o lo que le sucedió al cuento al ser manejado por «Clarín». Posiblemente, todo lector de Años y leguas *pensará que se ha dado un fenómeno semejante con relación a la «estampa», prodigiosa creación mironiana en la que se cifra uno de los más altos empeños estéticos de nuestra historia literaria.*

MARIANO BAQUERO GOYANES